

X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013.

Imágenes Grupales y Emotividades en Disputa: el caso de una isla caribeña.

Rafael Andrés Sánchez Aguirre.

Cita:

Rafael Andrés Sánchez Aguirre (2013). *Imágenes Grupales y Emotividades en Disputa: el caso de una isla caribeña*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/261>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

X Jornadas de Sociología de la UBA.

20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos,
científicos y políticos para el siglo XXI

1 a 6 de Julio de 2013

Mesa 18 - Sociología de los Cuerpos y las Emociones

**Imágenes Grupales y Emotividades en Disputa: el caso de una isla
caribeña**

Sánchez Aguirre, Rafael Andrés – CIES, IIGG/GESEC

Introducción*

La isla de San Andrés, ubicada en el mar Caribe, muy cerca de las costas nicaragüenses, es un alejado territorio colombiano con una rica historia de imposiciones sociales. Su población más antigua de procedencia africana, reconocida actualmente como *raizal*, vivió la esclavitud ejercida por colonos ingleses desde el siglo XVII. Tal experiencia marcó un sentir colectivo local que ha funcionado, en tiempos recientes, como un fantasma social desde el cual se han consolidado nuevas imposiciones. Al revisar este caso encontramos algunos aspectos que pueden ser considerados como estructurales en la permanente (re)construcción de una imagen grupal, y que se inscriben en una *figuración* social del tipo 'establecidos/marginados'. La percepción de sí mismos, que modelan los habitantes más antiguos de San Andrés -entre 1970 y 1991- se sostiene como un ejercicio de diferenciación y distinción en el que la ambigüedad sentimental es predominante y la vergüenza aflora intermitentemente.

Asumimos la idea de figuración como la conjugación de dinámicas interpersonales que posibilitan y jalonan geometrías corporales: sentidos, emotividades, acciones y poderes sociales (Scribano, 2012). En esta línea, las figuraciones son maneras en que 'habitualmente' se vinculan y ligan unos individuos con otros, unos grupos con otros:

[c]uando cuatro personas se sientan en torno a una mesa y juegan a las cartas constituyen una figuración. Sus acciones son interdependientes [...] Lo que se entiende aquí como figuración es el modelo cambiante que constituyen los jugadores como totalidad, esto es, no sólo con su intelecto, sino con toda su persona, con todo su hacer y todas sus omisiones mutuas [...] se trata de un tejido de tensiones (Elias, 1999: 156-157).

Veremos que la tendencia colectiva, no planificada, hacia la mitificación del pasado -de la isla- sirvió en una labor de blanqueamiento social -adelantada por aquel grupo de raíces africanas-, que habilitó el ocultamiento de una historia vergonzosa a partir de la apropiación de la historia del amo (del vencedor). Esta labor la hemos realizado a partir de un relevamiento de estudios históricos, la revisión de la prensa escrita y de charlas informales adelantadas con raizales. El período de estudio se ha definido de acuerdo a dos razones, la primera, relativo al exagerado aumento poblacional en la década del '70 y su influencia en la organización colectiva local, la segunda, relacionada con el reconocimiento legal de la minoría étnica raizal en la constitución nacional de 1991. Esta presentación sirve como ejercicio de difusión y discusión acerca de nuestra estrategia de estudio sobre un fenómeno histórico, con incidencia en el presente isleño, apoyados en el reconocimiento de una sociología procesual de las emociones.

* Este escrito hace parte de los avances de investigación doctoral del autor.



Figura 1. Mapa de la región Caribe. Tomado de <http://www.viajeros.com/>.

Los sentimientos de vergüenza de los esclavos se anclaron en un ejercicio de violencia contra sus cuerpos, en las ataduras, las obligaciones y el encausamiento de sus comportamientos, en la fuerza del amo para castigarlos y regular sus movimientos. La interiorización de este sentimiento, la contención de los impulsos violentos que bullían desde la desesperación, devino en resistencias y estrategias de apropiación de los códigos de relación que planteaba el establecido. Estrategias que no fueron del todo conscientes y planificadas, sino que funcionaron bien en la negociación y en la creación de micro-equilibrios que significaron ventajas dentro de la posición social de marginación. Así, por ejemplo, realizar correctamente los cantos en la iglesia o bailar de acuerdo a como lo indicaba el amo, fueron motivos que sugerían el buen acople de los grupos inmiscuidos generando un 'buen ambiente'.

Recordemos que las islas de San Andrés y Providencia fueron territorios apropiados por colonizadores ingleses que pretendieron establecer una comunidad blanca puritana en medio del Caribe. Su interés inicial, desde 1630, fue desarrollar una empresa agrícola fortalecida con tradiciones culturales y espirituales propias, alejados de cualquier influencia foránea. Sin embargo, las condiciones ambientales y la presión económica en medio del comercio esclavista hicieron inminente la llegada de africanos en 1632. Es a partir de este marco histórico que se traman referentes sociales y fundacionales que resaltan un pasado de corte europeo.

Con el paso del tiempo, las ventajas relativas asociadas al peso de una tradición anglo, incorporada por los subordinados a través del lenguaje y la cultura del amo, les significó a las nuevas generaciones de sanandresanos una reubicación respecto a sus raíces africanas. El blanqueamiento cultural dejó ver el impacto colonialista sobre la autoimagen grupal afro que se dividió en dos ramas, una relacionada con el legado protestante como enfoque del mundo y base de la moral colectiva, otra vinculada a las tradiciones africanas 'ocultas y debilitadas' en el ejercicio civilizatorio. En este marco, la mitificación del pasado raizal ha funcionado como mecanismo de reproducción del blanqueamiento de la comunidad afrodescendiente (Friedemann, 1989). La imagen que en tiempos recientes se ha promovido acerca de la comunidad local, nos permite ver los juegos de poder que se conjugan a favor de la perpetuación de horizontes sociales marcados por la exclusión y el sometimiento.

Debemos resaltar que el mito acerca del primer poblamiento o mayor permanencia en el territorio, sostenido por los raizales y reproducido de diferentes formas, por ejemplo en la memoria oral ó en la prensa escrita entre 1970 y 1991, demarcó una diferencia y distinción social. Los raizales contaron, a partir de la apropiación del legado inglés, con una ventaja relativa en relación con los nuevos actores en el escenario isleño. Los nuevos pobladores pobres vivieron la marginación y deshonra en la medida que fueron considerados como la causa principal de los problemas locales: desempleo, inseguridad, degradación del medio ambiente e invasión territorial. Allí se reavivaron los sentimientos antihispánicos y se puso etiqueta a estos personajes no deseados: *Pañas*¹. De otra parte, la inscripción raizal dentro de un pasado inglés afectó el proceso de adaptación local a la comunidad nacional, asunto desde el cual se señaló la necesidad de hablar bien el español y dejar de lado la lengua inglesa-raizal generalmente subvalorada².

La auto-percepción que construyó el sanandresano afrodescendiente durante el siglo XX se apoyó en la voz más amplificada y documentada –la del amo. El raizal, al asumir esa voz que lo ha unido a un pasado europeo, resignificó una historia de abusos como potencia para delinear una imagen colectiva afro**británica**. La cuestión de la permanencia grupal más 'antigua' en el territorio –al lado de sus amos- ha fortalecido las exigencias en favor de la autonomía, el respeto y el reconocimiento cultural de esta sociedad. Ya dentro de la comunidad nacional, la lucha por la aceptación y el respeto les ha costado amoldarse a las nuevas pautas de relación, que en un principio les obligó a un acomodamiento vocal-corporal para disputar legítimamente su posición. La

¹ Sobre el término *pañá* debemos señalar que se trata de una forma del creole adaptada de la palabra inglesa *spaniard* usada por el amo. Este término, en su versión raizal, ha sido usado de forma burlona o irónica para referirse a los colombianos continentales, enfatizando muchas veces una condición de gente poco confiable y abusiva (Ratter, 2001)

² Sobre el asunto de las lenguas resaltamos los posibles sentimientos de vergüenza que se figuraron a través de la obligación de hablar un idioma oficial, asunto que implicó ajustes corporales para intentar producir un sonido hispano. Una habitante raizal, profesora de primaria, nos comentó que, "si ya éramos criticados por la forma de nuestro inglés... decían que era a medias... con el español aprovecharon para que no pudiéramos defendernos, porque íbamos a pedir algo para la comunidad y no podíamos decir las cosas como la gente del continente, los abogados nos tapaban la boca... siempre fue difícil... no hablamos bien el español ni tampoco el inglés, imagínese lo que sentimos".

necesidad de hablar el español, además de constituirse como una nueva imposición social, les permitió a los raizales crear estrategias para adelantar acciones en la defensa de su cultura e historia.

En cualquier caso, antes de aflorar una alusión a los orígenes africanos, es el pasado puritano y pirata aquel con el cual se intenta reposicionar el lugar del raizal en las nuevas geometrías relacionales. En un escrito periodístico de 1970, un periodista continental de visita en San Andrés, enfatizó que, en el “[f]ortín de Morgan [...] la gente piensa, actúa, se comporta, vive y habla muy lejos de la idiosincrasia general de los colombianos” (El Tiempo, 1970/11/4: 19). La referencia al pirata Morgan nos conduce a una imagen habitual promovida en Colombia sobre la región insular, ella marca la distancia del pasado social de San Andrés con la historia colombiana. A su vez, la diferencia sirve para sostener la existencia de un modo auténtico de ‘ser colombiano’ y resaltar que los sanandresanos no cumplen con el modelo individual-grupal.

El escrito periodístico continúa: “los nativos han sido arrinconados contra el sur de la isla, en donde viven de vender cangrejos y tortas de langosta, se conservan firmes en el mantenimiento de lo que son. Ciertamente San Andrés está lejos [...] muy lejos de Colombia, pero no es lejanía propiamente de distancia sino de pensamiento, de costumbres, de credos [...]” (El Tiempo, 1970/11/4: 19). El arrinconamiento de los nativos al sur de la isla podemos entenderlo como efecto de la construcción hotelera y la llegada de nuevos pobladores. Si en 1950 se contaban 3.750 habitantes, ya en 1973 pasaron a ser 20.357, asimismo el número de visitantes para este último año fue de 79.546 personas (Ruiz, 1986). Entre 1970 y 1985 la población raizal se concentró especialmente en ciertas zonas históricamente habitadas, debido a la presencia de gran cantidad de pobladores en el norte de la isla. El sur representaba a una sociedad de corte más rural y ‘atrasada’, mientras que el norte era el centro del comercio con calles pavimentadas y grandes construcciones que contaban con todos los servicios.

En la prensa con mayor tiraje y difusión en Colombia, la construcción de una imagen del sanandresano estuvo enfocada a su adhesión o distancia social respecto al sentido de lo nacional-legítimo, a su inclusión y unificación del archipiélago con el país dejando en la sombra su pasado particular. La tradición inglesa sanandresana logró ser reconocida como un aspecto básico de su idiosincrasia en la medida que no limitó su correcta incorporación a una tradición hispánica (exaltando fechas institucionalizadas, un idioma oficial, creencias y mitos fundacionales) (García, 1989).

II

En la prensa de los años ‘70 también se reitera la idea de una comunidad raizal asentada desde hace mucho tiempo en el archipiélago, merecedora de una mejor situación social, afectada por la presencia de extraños -de nuevos visitantes y pobladores. En un texto periodístico encontramos una reflexión desde Bogotá:

¿Cómo son los isleños? ¿Y qué piensan de lo que ha venido ocurriendo con su isla? ¿Cómo eran? Eran gente sencilla, de la más diáfana

franqueza, de asombrosa honradez, que concebían el mundo y la vida con gran elementalidad, con una elementalidad casi igual a la de la época en que el hombre apareció sobre la tierra. Antes del advenimiento del turismo, el isleño y la isla vivían en comunión constante [...] eran como una misma cosa. Y -dicen ellos- se sentían más auténticos y más felices [...] Ahora ellos están un poco indigestados por ese proceso de transculturización a que se les somete; un poco estremecidos por esa batahola de civilizaciones que invade la suya desde todos los puntos cardinales” (El Tiempo, 1974/7/5: 5B).

Aquí el raizal es reconocido como poblador original, le son concedidos grados de establecimiento a partir de su antigüedad en el territorio, frente a tal situación la élite política nacional se auto-atribuye mayor antigüedad y legitimidad -los títulos reales son su respaldo. La idea de un pasado isleño idílico y casi puro, como una especie de génesis sugiere una correspondencia entre el habitante y el lugar, condición rota con el arribo desordenado de diferentes influencias civilizatorias. La llegada de extraños fue uno de los motivos principales para definir a los habitantes auténticos y legítimos del lugar. La ‘transculturización’ asimismo es enunciada como un problema con alusiones fisiológicas, como si se tratara de una enfermedad frente a la que el isleño ha sobrevivido.

La bulla civilizatoria colombiana parece imponerse sobre la voz de la cultura raizal. Los llegados del continente ejercen la dominación frente a los que deberían ser los establecidos, reconocidos y respetados, aquellos que con más tiempo han permanecido en tales tierras. El mito acerca de una vida tranquila y ordenada en el pasado funciona como marcador de las nuevas condiciones de existencia como nefastas. A partir de esta idea, el grupo que se siente violentado -los raizales- puede argumentar que sin ningún tipo de influencia externa la comunidad hubiese permanecido por un ‘buen camino’. Ese fue el sentimiento que afloró a comienzos de los años ‘70 y que se fue consolidando en los años siguientes. Una opinión ofrecida por un raizal a un periódico sanandresano confirma la imagen del extraño como factor del desorden de la vida isleña:

[E] isleño siente que la isla ya no es suya, que se la han invadido. Y lo peor es que la invasión les volvió todo al revés, vulneró sus patrones culturales, les anarquizó las reglas que tutelaban su existencia [...] ‘Donde el inmigrante levantaba su tienda el nativo perdía algo de lo propio [...] se nos ha obligado a entregar la isla para que la exploten los inmigrantes [...] y los nativos nos quedamos como parias, empobrecidos y oprimidos pisando como ajena la tierra que siempre ha sido nuestra’ (El Caracol, 1979/9/15: 4).

La caracterización del nuevo poblador hace referencia a la ilegítima imposición de un grupo que no posee los suficientes valores sociales y tradiciones culturales. A pesar de que los sanandresanos tuvieron, antes del puerto libre, dificultades en diferentes ámbitos, la llegada de foráneos acentuó drásticamente tales problemáticas y puso al descubierto otras. Casos como la escasez de agua, que se remontan a tiempos coloniales, al igual que las

dificultades con respecto al acceso a los alimentos, se hicieron insoportables para los menos favorecidos. En cualquier caso, no podemos negar que la gran mayoría de problemáticas vividas en la isla han hecho parte de dinámicas históricas y estructurales de una sociedad sostenida en el ejercicio de la exclusión social.

Es importante aclarar que por lo general los nuevos pobladores que llegaron entre 1970 a 1991 a San Andrés fueron personas sin mayor fortuna, ciudadanos en busca de aquellas oportunidades que no encontraron en el continente. La mayoría eran trabajadores de la construcción o del aseo, quienes descubrieron una opción laboral con el desarrollo de los espacios turísticos durante los años '70 y '80. Debemos mencionar que algunos de los nuevos habitantes fueron inversionistas ó comerciantes, este grupo de personas no constituía un gran número. Así que normalmente las estigmatizaciones acerca del recién llegado recaían sobre los menos favorecidos. Frente a aquel que poseía una fuerza económica la comunidad solo podía ejercer reivindicaciones simbólicas, el inversionista o comerciante estaba amparado por la ley. En cambio, frente al poblador aventurero y pobre el sanandresano podía consolidar su distinción e intentar ejercer grados de establecimiento.

La complejidad que se fue consolidando con las circunstancias sociales desde la declaratoria del Puerto Libre en 1953, no fue una base apropiada para el encuentro socio cultural sino que alentó el choque social. La imagen colectiva que fue tejiendo la comunidad raizal, resaltó la diferencia y distinción propia como medio para reclamar sus derechos y ganar ventaja respecto a otras colectividades que arribaban. El argumento básico acerca de la correspondencia isleño-isla que ha fundamentado el interés del establecimiento social, de la comunidad raizal, se sostiene en la idea de su permanencia desde '**siempre**' en el territorio. Se ha difundido y mitificado una imagen colectiva de antigüedad inmemorial como fundamento de la posesión y legitimidad sobre el lugar. Tal modo de argumentación, divulgado habitualmente en los escritos periodísticos, permitió no solo la diferenciación e imposición social entre las colectividades de la isla, sino entre los diferentes estratos y sectores sociales de la nación.

Otro texto periodístico afirma, respecto a la idea de los primeros pobladores de San Andrés y Providencia, que "la población ya considerada nativa del archipiélago tiene un biotipo definido. No es una raza negra convencional, puesto que lleva cruces ingleses, franceses, españoles y holandeses, lo que permite ver ojos azules, cabello rubio y tez negra en una misma persona" (El Tiempo, 1978/12/29: 7A). Aunque no negamos la mezcla étnica que existió entre europeos y africanos, la descripción anterior no se ajusta fielmente a las características físicas de la mayoría de los raizales en la historia reciente. Más bien, tal caracterización sirve como mecanismo de europeización y exaltación de las diferencias biosociales entre los insulares y los colombianos. La construcción de imágenes corporales, en relación con la lengua y la ascendencia británica, permiten sentar correspondencias entre quienes son auténticos raizales y aquellos que no lo son.

De acuerdo a la condición de antigüedad del raizal se forjó un ideal-nosotros, esto le permitió al grupo alcanzar grados de poder a costa de la negación de la mayor parte sus raíces africanas. En cualquier caso, el ejercicio de distinción social habilitó un modo de autoreconocimiento grupal como base para oponerse y cuestionar las acciones gubernamentales, la llegada desorganizada de continentales y la irracionalidad comercial. Igualmente, los isleños fueron ganando mayor visibilización en la medida que fue creciendo el señalamiento y descrédito de los continentales pobres³. En este contexto, “[l]os voceros de la comunidad nativa exigieron respeto por su identidad cultural, que se manifiesta principalmente en su tradición afrobritánica, con lengua inglesa y religión protestante luterana” (El Tiempo, 1981/6/29: 8A).

Este tipo de reivindicaciones caracterizó el periodo de 1970 a 1991, alentando la organización y consolidación de movimientos colectivos raizales. Durante este tiempo, la alusión a una cultura particular, de gran influencia británica, fue expuesta de forma recurrente en la gran mayoría de escritos periodísticos. De cualquier manera, la presión que existió en aras de silenciar la historia africana de los exesclavos, no alcanzó para borrar una memoria oral que se avivaba con los cuentos, juegos, dichos y melodías. Por ejemplo, las *Anancy Stories* fueron pequeños relatos mantenidos y recreados en la región caribeña -incluyendo a San Andrés- como parte de una tradición oral marginal y debilitada en décadas recientes. Algunos investigadores han logrado comprobar que tales historias son originales de la comunidad Ashanti asentada en el país de Ghana, al occidente de África (Robinson-Bent, 1989; Friedemann, 1965).

El legado cultural africano no fue exaltado -por la comunidad raizal- con la misma fuerza que el pasado inglés. No podemos justificar tal situación sosteniendo que hubo un obediente y preciso acople de la comunidad esclava con la cultura del amo, más bien allí -en la sociedad esclavista- se urdieron referentes de pudor y vergüenza para desconocer cualquier valor en el sentir-decir-hacer del esclavo. A su vez, la moral del amo -su correcto comportamiento corporal y sentimental- fue justificada desde su posición de dominación -con su religión, sus armas y sus empresas-, como base de la distinción y superioridad social. En la línea de tal tradición, el pasado del raizal ha estado asociado principalmente con sentimientos de inferioridad y subvaloración, mientras que el pasado inglés apropiado y resignificado les ha permitido negociar una ‘mejor’ posición social.

En la puesta en juego de las miradas sobre la historia fueron activadas percepciones ‘de’ y ‘entre’ los colectivos inmiscuidos y sus integrantes, ofreciéndonos pistas acerca de sentimientos relacionados con la vergüenza y el orgullo correspondientes a determinadas auto-imágenes grupales. El ideal-

³ En el mismo sentido del sentimiento de rechazo debemos resaltar recientes y sorprendentes muestras de afecto hacia Colombia en las fechas patrias, en las disputas limítrofes con Nicaragua, en el reinado de belleza nacional y en el fútbol. Algunos de estos sentimientos empezaron a ser resaltados por la prensa desde finales de los años ‘80. Durante la primera década del siglo XXI hasta la actualidad, se ha sostenido tal tendencia afectiva, viéndose afectada bruscamente a finales del 2012 cuando la Corte Internacional de la Haya concede gran parte del mar del archipiélago a Nicaragua, dejando al gobierno colombiano como responsable de la ineficaz y mala defensa de los intereses locales.

nosotros que cada grupo ha disputado, ha estado conectado con la producción de sentidos de vergüenza que optimizan el ajuste y acople de las energías corporales de acuerdo a los intereses de dominación. Este sentimiento de deshonra ha estado ligado a gestos de degradación o de superioridad desarrollados históricamente entre grupos humanos, lo podemos reconocer a través de las formas de autopercepción colectiva (Elias, 1989).

Hemos intentado, por ahora, hacer circular perspectivas de reflexión acerca de las dinámicas emotivas grupales en la isla, como parte de la construcción de una mirada mucho más amplia para pensar cómo se establecen valoraciones-subvaloraciones entre grupos humanos, y su peso en la conformación de las posiciones de poder. Este escrito sirve como introducción a una presentación oral en la que ampliaremos nuestras ideas.

BIBLIOGRAFÍA

Bernand, Carmen. (2001). *Negros esclavos y libres en las ciudades hispanoamericanas*. Fundación Histórica Tavera, Madrid.

Elias, Norbert. (1989). *El Proceso de la Civilización*. Fondo de Cultura Económica, México.

_____. (1999). *Sociología Fundamental*. Gedisa Editorial, Barcelona.

Friedemann, Nina. (1965). "Miss Nansi, old Nancy y otras narraciones del folclor de las islas de San Andrés y Providencia", en *Revista de Folklore* No.9. Bogotá.

García, Daniel. (1989). "El Caribe se vuelve americano: la política de Estados Unidos en el siglo XIX", en: *San Andrés y Providencia: tradiciones culturales y coyuntura política*. Ediciones Uniandes, Bogotá.

Parsons, James. (1985). *San Andrés y Providencia, una geografía histórica de las islas*. El Áncora Editores, Bogotá.

Ratter, Beate M. (2001). *Redes Caribes, San Andrés y Providencia y las Islas Cayman: entre la integración económica mundial y la autonomía regional*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Robinson-Bent, Lenito. (1989). "La muerte del "Anancy Story" y la sepultura de una cultura", en *Revista Uroboros* No. 4. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Ruiz, María Margarita. (1986). *Isleños y Pañamans: la apropiación del espacio para la vivienda en la isla de San Andrés*. Universidad de los Andes, Trabajo de Grado, Bogotá.

Scribano, Adrian. (2012). "Sociología de los cuerpos/emociones". *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES*. N° 10, año 4.

Otros Recursos

El Tiempo (Bogotá)

El Caracol (San Andrés)